



EL SALVADOR
SERÁ

Disaster

El Salvador será

*El Salvador
será*

~~Laura Crive Cruz~~

El Salvador será

El Salvador será un lindo
y (sin exagerar) serio país
cuando la clase obrera y el campesinado
lo fertilicen lo peinen lo talqueen
le curen la goma histórica
lo adecenten lo reconstituyan
y lo echen a andar.

El problema es que hoy El Salvador
tiene como mil puyas y cien mil desniveles
quinimil callos y algunas postemillas
cánceres cáscaras caspas shuquedades
llagas fracturas tembladeras tufos.

Roque Dalton

El gran despecho

País mío no existes
sólo eres una mala silueta mía
una palabra que le creí al enemigo

pero ahora sé que no existes
y que además parece que nadie te necesita
no se oye hablar a ninguna madre de ti

Ello me alegra
porque prueba que me inventé un país
aunque me deba entonces a los manicomios

Habrá que darle un poco de machete
lija torno aguarrás penicilina
baños de asiento besos pólvora.

Antes creía que solamente eras muy chico
que no alcanzabas a tener de una vez
Norte y Sur

Soy pues un diosencillo a tu costa

(Quiero decir: por expatriado yo
tú eres ex patria)

Roque Dalton

PRIMERA PARTE

I

Fue en el año 1969, cuando se plantó una bandera estadounidense en la luna, cuando ganó el gobierno de El Salvador, que no El Salvador, una batalla de una guerra que, aun siendo fría, incendiaría el país una década más tarde. Fue también en el año en que nuestro país ganó una guerra inútil y contraproducente contra el vecino y nos enorgullecimos de ello, cuando guanacos y catrachos, pues así se llamaban entre ellos salvadoreños y hondureños para frivolizarnos, nos peleamos en un terreno de dueño impreciso.

Sirva esto de ejemplo para mostrar la hermandad que hasta ese momento los había unido, pues la delimitación minuciosa de las fronteras resultó en su momento un acto receloso y desconfiado que más valía dejárselo a las montañas. Pero ya se encargaron los de arriba de corregir ese error acabada la guerra cuando, guardados los aviones en los hangares y puestos los seguros de los fusiles, se vieron obligados a fiarse por fuerza el uno de otro. Acabó entonces tras cien horas y un alto al fuego, fruto de la intervención de una supuesta organización continental, la OEA, que en ese entonces no era más que una comunidad ficticiamente igualitaria en la que el gran gigante americano hacía de padre corregidor ante los ahijados que se desmadraban.

Y por si no era ya suficientemente absurda esta pugna entre fronterizos, hubo aquel que la apodó Guerra del Fútbol, nomenclatura que se tomó por válida porque todos la repitieron, y si fue por pintoresca o por ser tan cómodamente superficial, solo lo saben los cronistas que así se refirieron a ella y el que así la bautizó. Aun así, debe concedérsele

cierta razón, pues cabe en este término la alegoría del balón como la patata caliente que se pasaron ávidamente nuestros gobiernos, en uno de sus muchos escaqueos, que por experiencia supieron disimular. También podría considerarse la migración masiva de salvadoreños a Honduras por falta de espacio cultivable y demasía de habitantes como la ida de una jornada, de la cual se celebró la vuelta con celeridad por haber sido nuestros jugadores expulsados y perseguidos por el gobierno anfitrión. Sin embargo, el partido no metafórico, el que de verdad se celebró entre las selecciones nacionales, acabó por suerte con la victoria de nuestro país, y, ganando en las montañas y en el césped, nos proclamamos como absoluto ganador y subimos a un podio que estaba vacío, al que además nos costó subir por estar cojos y mancos de hermanos, los cuales habían muerto en aquellas tierras montañosas sin propiedad.

Pero es esto un prelude, pues nos interesan menos las batallas ni las guerras, ya extranjeras o nacionales, que la historia del nacimiento de la más pequeña, Rena, y de su familia. Que mayores guerras se libran en los paritorios, y más si estos no son salas de maternidad, como no lo fue el lugar de su nacimiento. Más encarnizada fue esa lucha, porque más cruel es la disputa entre una futura hija y una madre, una por nacer y la otra por no morir, que las escaramuzas entre hermanos.

Nació en un contexto turbulento que acabaría por determinar su futuro, así como el contexto manda el de todos, que obliga a uno a rebelarse o resignarse ante él dependiendo de la naturaleza con que uno haya nacido o bien haya forjado con los años, dependiendo si sea uno existencialista o no. Pero si no importa más la Historia que esta historia, menos lo hace la filosofía.

II

Rena nació en Colonia Luz, en Candelaria, en Cuscatlán, limítrofe a la capital en la que luego viviría, San Salvador, y de esta precisa situación geográfica no sería ella consciente hasta no haberla abandonado.

Nació la última de los hermanos de nuestra familia disfuncional protagonista. Allá por el principio de la década en que se completaría de manera paralela otra familia numerosa. Una formada por organizaciones rebeldes que, por el paso del tiempo y la acumulación de injusticias, se declararían en guerra contra el gobierno establecido.

La primera familia era fruto de un padre intermitente, Román, y de una madre aplicada en las tareas que le venían determinadas por el género, Marina. Esta segunda familia era resultado de la germinación de las esporas esparcidas por la eclosión ya lejana de la revolución que se había producido al otro lado del océano, en Rusia, hace más de medio siglo. La primera familia se separaría a lo largo de esa década y la segunda, surgida en lugares dispersos, habría convergido ya hacia el final de la década, unos contradiciendo a la sangre y otros al Estado que había motivado involuntariamente su creación y unión y que abogaba por su desaparición.

Los miembros de nuestra familia vivían todos en una pieza, una casa compuesta por una estancia única, situada, junto con otras, en las faldas de una ladera. En lo alto, apartada de cualquier lugar, se erigía la

casa en la que vivía el dueño del terreno. Era esta del estilo de un palacio virreinal, pero de menores dimensiones, y era aun así algo más grande que la Iglesia de Santa Lucía, la más importante del departamento. Carecía también de torreones, aunque su propietario los haría construir años después, cuando empezaron a sonar los ecos de guerra. Se apostaría encima del todo con un fusil, y gritaría a cualquier alma que se acercara a la casa, guerrillero o militar, que no pasara de allí, pues eran esos sus terrenos. De momento, por suerte, solo se dedicaba a construir en ellos.

Siguiendo hacia abajo la curva de la pendiente, por la que se descendía a través de unos escalones de madera que salvaban las irregularidades del terreno hasta que la superficie se allanaba de nuevo, había casas que mandó construir separadas las unas de las otras, con su propio jardín delimitado, pero poca gente las vino a ocupar. Había más personas que pudieran construirse un palacete como el suyo, que aquellas que pudieran permitirse una casa de tamaño mediano. Levantó entonces, conforme bajaba la pendiente, más y más piezas: vivían las familias en la estancia única y tenían baños comunales en el exterior. Era costumbre que los niños, incapaces de estar en las casas más que para dormir, fueran subiendo por las escaleras improvisadas hasta arriba de la pendiente, pero solo una vez escuchado el motor del coche que indicaba la partida del amo.

Incluso se atrevían a vagar por allí llegada la noche, cuando el que gobernaba no era el dueño de los terrenos, sino los monstruos inventados que ni las gruesas paredes de su palacete venido a menos podían parar. Porque igual que en sus piezas había ceniza por culpa del rudimentario aparato de cocina, en el palacete también, por culpa de una chimenea ostentosa que poco sentido tenía cuando en la noche más fría del invierno no se necesitaba más que una chaqueta estando a la intemperie. Pero él no gustaba de mantas y dormía desnudo por capricho, por lo que tenía un criado avivando el fuego toda la noche. De esta manera impedía que el Cipitillo, criatura baja y gorda que en la noche vagaba en busca de su alimento, cenizas ya frías, entrara en su casa de muros gruesos, pero inútiles para aquel propósito, por estar las brasas siempre encendidas durante la madrugada.

De esta manera, mientras los niños de la colonia se dedicaban a las visitas clandestinas del palacete antimonstruos, la recién nacida se dedicaba a crecer.

Un día empezó a andar y con ello a salir del único espacio que había conocido, al mismo tiempo que se aventuraban también los miembros más jóvenes de la familia revolucionaria paralela a salir de su escondrijo de las montañas y las plantaciones de café. Ambos comenzaron a caminar con miembros inconexos y descoordinados que contradecían las órdenes de una mente todavía inmadura. Los montículos de tierra les dificultaban el caminar, pues habían salido descalzos a la batalla de una guerra que tuvieron que iniciar para favorecer el propio progreso. Tropezaban con el terreno irregular, y las veces que conseguían salvar el equilibrio era inclinando el torso y extendiendo los brazos, que no encontraban apoyo alguno porque nadie sabía todavía de su salida furtiva.

Caminaron la niña aprendiz y la familia insurrecta sin acompañantes durante varios metros, hasta que los niños que correteaban alrededor se le fueron uniendo a ella y los campesinos a ellos. Uno trajo unas sandalias de suela fina pero firme, otro un sombrero para protegerse del sol, y otro una charamusca, una bolsa de plástico llena de refresco, para recuperarse del esfuerzo. Fueron constituyendo un ejército improvisado, pero unificado, que iba cobrando fuerza según caminaba. Salieron todos los niños de las piezas y todos los trabajadores de las plantaciones, conformando una marea de brazos y piernas, de ojos y oídos incontables que configuraban un organismo rebelde que había nacido por el empeño de una minoría. La imagen que ofrecían convencía a los demás a unirse sin necesidad de palabras. Era suficiente la visualización de la convergencia de niños e incluso de neonatos que se les unieron pese a no saber andar, convencidos por el arranque de la vanguardia infantil, y de lugareños que cogieron un fusil, pese a no saber escribir, porque se les prometía con la victoria la propiedad y los beneficios de la labranza.

Avanzaban, pero sin un líder que pusiera orden en aquella rebelión espontánea que algunos padres y capataces empezaban a contemplar con temor. Comenzaron a subir por la pendiente y a avanzar por los campos, llegando primero a las casas independientes con la

intención de seguir ascendiendo y a las haciendas del patrón con la intención de ocuparlas. En el camino derribaron las vallas de la propiedad privada cuya autoridad no reconocían, unos por ser todavía infantes y los otros por ser revolucionarios. Quisieron seguir subiendo, pero los criados se apostaron en lo alto de la ladera para impedir el acceso al pequeño montículo y la Guardia Nacional bloqueó las carreteras para obstaculizar el camino a la ciudad.

Y eran tan pocos los criados y tantos los niños, que desde el palacete tuvieron que pedir refuerzos a una de las colonias aliadas, Cojutepeque, para refrenar la rebelión infantil. Era esta colonia mucho más poderosa que la suya y por ello debía gastar recursos en batallas tan fútiles como la que se libraba en ese momento, por reconocer a Candelaria, el cantón que aglomeraba todas aquellas casas y el palacete, bajo su protectorado.

Aunque no dispuesto a entregar hombres sin que volvieran, inteligente como era el dirigente de Cojute, destinó hombres para que rápidamente instruyeran a los criados del palacete, que se turnaban para hacer las formaciones y a la vez impedir el ascenso de la implacable unidad rebelde que, sorprendentemente, había conseguido pertrechar una sólida estructura que sabía defenderse ante un ejército servil profesional que no se esperaba que la batalla durara más de una hora. Y de la misma manera, la situación se reproducía en la unidad rebelde homóloga pero adulta.

Sin embargo, la profesionalidad pudo más que la voluntad de la avanzadilla infantil y de la vanguardia popular, y por ello tuvieron que retirarse ambos a sus escondrijos originales después del ataque furtivo, unos a las piezas y otros a las montañas. Aunque no se había conseguido la toma del palacete ni la de la capital, se consiguió debilitar al enemigo y a la vez advertirle de la potencia, antes impensable, con que contaba la organización.

Rena había sido derrotada en su traviesa incursión, pero ahora ya sabía andar y ellos, combatir.

III

—Wicho, ¡levanta!

El chico se levantó con la velocidad de un resorte, avergonzado. Miró alrededor para ver si alguien se había percatado de su despiste, pero la gente dirigía su atención al fondo de la sala.

Allí, el pastor leía con voz monótona y con la mirada clavada en las Sagradas Escrituras. Reposaban estas sobre un ambón revestido de verde. Aparecía en la tela una cruz romana enmarcada con una vid y una espiga adulteradas. El hilo que delineaba el dibujo del cereal era de una tonalidad alba y las vainas de la espiga estaban vueltas del revés, cayendo hacía abajo como pequeñas campanas. La vid, enmarcando la esquina inferior de la cruz, había sido bordada con un trazo irregular que le hacía perder a sus frutos la forma redonda, y su color tiraba más a rosáceo que a púrpura. Estaba el cuerpo de Cristo encarnado en flores de Izote y su sangre en pétalos de flor de Maquilishuat, ambos símbolos nacionales con el objetivo de reivindicar lo patrio en una iglesia que, teniendo su sede en Roma, demasiado lejana y sumamente ajena a los asuntos que allí sucedían, había trasladado su epicentro a nuestro país. Donde la realidad era tan evidente que no cabía en el seno de la iglesia lugar para la neutralidad vaticana, cuyo sumo pontífice se mantenía

anclado al suelo porque el oro de los anillos y de la corona lo hacían incapaz de inclinarse hacia ninguno de los lados de la balanza sin caerse, pues con él caería toda su institución.

Aunque Delia, más grande que Rena, y su amigo Wicho, poco notaron de esos detalles nimios que no les quitaban el hambre que los había llevado a acudir a misa con la esperanza de conseguir al menos un pan ácimo que comer. Ya hacía días que su madre había salido para vender, y se les había acabado el saco de arroz, el de frijoles y la bolsa de caramelos que su padre les había dejado el primer día de la semana antes de partir en sus travesías habituales de destino desconocido.

La alta iglesia de Santa Lucía hacía reverberar los murmullos que hacían de eco de la lectura del Evangelio. Aquellos que la repetían ya se la sabían de memoria a fuerza de repetición, pese a que muchos no fueran capaces de plasmar las sagradas palabras sobre el papel.

Una vez acabada la lectura se dio paso a la reinterpretación de las Sagradas Escrituras, que en aquella catedral era tachada de polémica por algunos creyentes porque esperaban encontrar en ella el convencionalismo eclesiástico de la homilía dominical, que difería de la nueva escuela del evangelismo cada vez más frecuente, aquellos a los que llamaban medellinistas por denunciar mediante la religión la evidente represión. El discurso adquirió entonces una vitalidad que atrajo a ambos jóvenes por su elocuencia, pero no por su contenido. Aunque experimentaban la pobreza que se daba de manera generalizada en el país, no habían padecido los abusos que se producían en algunas zonas de nuestro país, y que no se daban significativamente en el pequeño cantón al que, por ese momento, se reducía su existencia.

Continuó *en crescendo* el monólogo del párroco, plagado de palabras extrañas como liberación, pastoral popular o procesos históricos, que hacían revolverse a uno que se encontraba una fila de bancos más atrás. Tras refunfuños y conjuros varios se levantó con urgencia y se dirigió con presteza a la salida de la iglesia, dejando tras de sí un panfleto que Wicho recogió por curiosidad. Lo leyó y con gesto serio se lo pasó a Delia.

Se leía, tras proclamaciones varias, en letra grande: «Sé patriota, mata a un cura».

—Vayámonos de aquí.

Caminaron de vuelta a casa, y, cuando llegaron al pasaje, vieron a su amigo Luis cruzar con cierto aire fantasmal. Este los avistó desde la distancia y, tras lanzarles una mirada sombría, dio los últimos pasos hasta su casa. Más tarde sabrían que su padre llevaba días desaparecido. Tras pasar ya casi dos semanas, lo dieron por muerto. Pero apareció tres días después, apoyándose a duras penas en los hombros de dos colegas de trabajo, y dejando un rastro de sangre por todo el pasaje. No podía caminar. Tenía las plantas de los pies en carne viva, arrancada la capa de piel desde el talón hasta el empeine. Luis le contó a todo el cantón lo que le habían hecho.

—Lo cogieron, pues, los militares, cuando estaba en su paradita del mercado. Le preguntaron por un tal Herson, un renato que buscaban. Mi papá le vendió un par de libros una vez, pero no tenía ni idea de quién era ni de que era guerrinche. Luego lo acusaron a él de colaborar con los revolucionarios. *Dizque* vendía basura comunista.

Semanas más tarde fue Luis el que desapareció, pero por voluntad propia. Y, a causa de deseos de venganza como el de Luis, se fue engrosando la lista de los rebeldes, del mismo modo que la de alistados en el ejército, ya que, si no se podía estudiar ni trabajar, allí siempre era uno bienvenido y bien pagado. Al volver del período de entrenamiento con botas Bomber y camisas de camuflaje, uno era incluso respetado, y, si se había ido a estudiar a la Escuela de las Américas, se volvía con un inglés bien cultivado, aunque con ciertas ideas que ya dirían deferían de las de los soldados que simplemente se alistaban por ganarse la vida y no por defender al país.

Aunque Wicho y Delia siguieron con su mecánica habitual, vagando por el cantón y ampliando su radio de alcance para descubrir más de aquellas anécdotas ajenas, que al principio les sonaban extrañas, pero que con el paso del tiempo les comenzaron a sonar todas iguales.

IV

—Chivos, ustedes son el futuro del país.

Así empezó la primera sesión del programa teórico-práctico de concienciación nacional que inició Rena nada más entrar en el Plan Básico. Llegaban a su escuela varios revolucionarios novatos que sembraban entre las juventudes la idea de la necesidad de la sedición. Aprendían los alumnos los acordes del himno en clase de música y lo entonaban con profesionalidad de líricos cada mañana antes de entrar. En clase de química mezclaban aceite de motor con gasolina en botellines de vidrio, como cuando echaban agua y aceite en una probeta para observar la segregación de líquidos. Decían entre ellos «mira tú le puse muy poca gasolina, eso no te va a explotar» o «mira ese papel es muy fino, no te va a prender». Se planeaba acabar el entrenamiento lanzando los cócteles *Molotov* en educación física, sustituyendo el tiro de disco, pero los recursos eran escasos y, por lo tanto, valiosos. Todo iba para la organización. Se hacía también, solo los viernes, la quema de la bandera yanqui, la preferida de los niños porque les hacía gracia el efecto que el fuego conseguía en las estrellas, que se tornaban astros fugaces. Pedía Rena un deseo cada vez que prendía, y era que lo hiciera lo más rápido posible para poder irse ya al recreo.

La primera vez que se hizo esta exhibición, cuando la llama del mechero entró en contacto con la bandera, todos aguantaron la respiración. La lumbre bailó unos segundos alrededor de su extremo, bordeándola, pero sin llegar a prender la tela. Tras un lapso angustiante, en el que todos pensaron que las leyendas eran ciertas, que la bandera no ardía porque la cubría un halo de progreso ignífugo, que era imposible también que tocara el suelo, pues los vientos de prosperidad la levantarían hasta colocarla en su mástil de nuevo, que al ponerla al revés la fortuna la volvería a colocar en su correcta original. Pero finalmente ardió, como lo hacían todas las telas. La corroyó el fuego hasta que desaparecieron de ella los colores, quedando un montón de hebras incoloras sin unir por el artificio del tejido, pero juntas como les era natural y más cómodo. Algunos pasaron por encima de estas hebras que creyeron cenizas, dejando la huella de la bota, que desaparecería en cuanto un golpe de viento hiciera volver al montículo a su forma original o las separara unas de otras, produciendo una diáspora que, por la trivialidad de la fortuna, terminaría en pequeños grupos con destinos distintos, repitiéndose el proceso de unión, quema y diáspora una y otra vez.

Y, de la misma manera, se repetía la mecánica de las clases llevadas a cabo por aspirantes a guerrilleros sin que nadie en aquel colegio pequeño de un pueblo apartado de Cuscatlán dijera nada. Hasta que llegó el día en que Rena y sus amigos se escabulleron a la hora del patio al descampado que estaba unas cuabras más allá para jugar.

Empezaron con el escondite. El que debía encontrar a los demás contaba hasta veinte. Rena, para poner nerviosos a los demás, daba un pisotón a la vez que decía en voz alta un número. Cuando llegó al cinco, pareció que una unidad militar entera acompasada le siguiera el ritmo. Y realmente lo hacía. Varios vehículos militares se habían apostado frente a la puerta del colegio, mientras la panda, en el descampado, eran ajena al asalto. Rena continuaba con la cuenta atrás acompañada de percusión.

Seis. Paso grupal. Siete. Otro más. Ocho. Ruido de fusil al hombro. Nueve. Gesto de apuntar. Diez. Orden de no disparar. Once. Grito de abran la puerta o la tiro abajo con la tanqueta. Doce. Silencio. Trece. Repito la orden por si los cócteles *Molotov* les dejaron sordos. Catorce.

Avancen con la tanqueta. Quince. Esperen. Dieciséis. Le escucho. Diecisiete. Váyanse ustedes al carajo. Dieciocho. Avancen con ella. Diecinueve. Puerta abajo. Veinte.

Sálvese quien pueda.

V

La hermana mayor, Anayra, por su parte, acababa de llegar a su instituto después de la larga travesía habitual en autobús. No había cerca de la colonia otro centro que fuera más allá de la educación primaria, así que había de recorrer quilómetros para asistir a clase. Encontró a sus compañeras mirando un ejemplar de *El diario de hoy*. Pero antes de poder enterarse de lo que ocurría empezó a sonar la música que anunciaba el inicio de la clase de historia del mundo contemporáneo.

Una vez dentro, empezaron a sacar el dossier que suplía el libro de texto, cuyos ejemplares, habiéndoles sido arrebatada su función original por ser poco fidedignos, servían ahora como soporte del rudimentario proyector.

En ellos se glorificaba la Guerra de Independencia de nuestro amo y patrón del norte. Los hechos de la Revolución Francesa giraban en torno a la guillotina y a la contradictoria invasión napoleónica de la Europa que había perdido presencia hace años, temerosa de los vientos soviéticos, que llegaban a nuestro país ya templados porque habían pasado por el clima tropical de los territorios vecinos, Revolución y revoluciones a las que por cierto tampoco se les hacía ningún tipo de alusión en el libro de texto, creyendo que omitiendo eventos pasados de la psicología colectiva mediante la intoxicación de las futuras juventudes era

un buen método para evitar su mayor miedo, siendo esto, por el contrario, precisamente el motivo de su origen. Del imperialismo se contaba la independencia de la colonia en 1821, una fecha que ni siquiera se podía considerar propia ni tampoco definitiva porque fue esta la conjunta de toda Centroamérica y demás países, y porque al mismo tiempo, poco antes de concedérsele la libertad, pero también la responsabilidad oficial del cetro republicano, no a políticos, sino a empresarios y terratenientes, se nombraba presidente por segunda vez a James Monroe, el que sería el sucesor del yugo, ahora norteamericano y más sutil, pero no por ello menos férreo, que reclamaría para sí no solo el país, sino el continente entero.

Así, habiendo de sortear la peliaguda yincana de datos, hipérboles y elisiones, Joan, el profesor, prefirió contar con sus propias palabras la verdad histórica. Tenía, además, su pasado revolucionario, pero se había vuelto un desengañado de la revolución. Después de salir de Cataluña durante la dictadura franquista y de vagar por Nicaragua luchando contra Somoza, le quedaban pocas fuerzas para luchar por El Salvador. Se limitó a ejercer de profesor de historia

Así que con ese empecinado convencimiento de sus principios impartía sus clases. Y así se sucedió, entre anécdotas y narraciones de episodios históricos, la clase de ese día. Pero al final, estando todo el mundo a punto de irse, sacó el profesor de su cartera un ejemplar del diario del día.

—Siempre os digo que leáis el periódico. Nunca me hacéis caso, pero hoy os insisto más que nunca. En la portada, como podéis ver, se habla del saldo de la manifestación estudiantil ocurrida hace unos días en San Salvador. Un muerto. Sea uno o sean cincuenta, como reportan otros periódicos, no es algo en lo que vaya a entrar en detalle. Pero esto es algo de lo que tenéis que ser conscientes. Teniendo en cuenta como de descontrolado está el país, unos podréis decir «Tengo que meterme al cuerpo militar y poner orden» u otros iros a hacer el café a las montañas. Ambas cosas me parecen muy bien. Eso sí, los lunes como hoy os descolgáis el fusil, porque la única arma que acepto en mi clase son vuestros cerebros, maquinarias mortales de generar conocimiento.

» Pero vivís en El Salvador, en 1975, en un contexto de turbulencia evidente, y eso de que a mí la política no me interesa os lo ahorráis, porque el saber no ocupa lugar y menos si tiene que ver con mi asignatura. Y, si siendo conscientes de vuestro entorno, decidís seguir con vuestra vida sin mayor sobresalto, será porque es una elección propia, y no todo el mundo tiene esa posibilidad. Y ahora sí, ha acabado la clase. Anayra, quédate un momento, por favor.

Todos se fueron y ella se acercó al escritorio.

—¿Qué tal te va en casa?

—No tan mal. Mi padre hace tiempo que ni aparece por casa y nos arreglamos con mi mamá

—Ajá. ¿Qué estabas leyendo en mi clase?

—Roque Dalton. *El Salvador será*.

—El Salvador será un lindo y sin exagerar serio país cuando la clase obrera y el campesinado lo fertilicen, lo talqueen, le curen la goma histórica, lo adecenten, lo reconstituyan y lo echen a andar... ¿no?

—Ese mismo.

—Pues a lo mejor será un lindo país cuando nos dejemos de matar.

VI

El único chico de nuestra familia era Dance, el varón que le fue concedido a Román, su padre, después de demasiadas hijas fruto de su actividad de marido furtivo y disperso. Lo reclamó para sí en el momento de nacer y fue, por ello, el único con el apellido Cruz en una familia de Erazos.

Román no gustaba de hijas, no por no gustarle las mujeres, pues de hecho le gustaban demasiado, sino porque era consciente de que, de la misma manera que él había hecho durante años en sus incursiones de novio múltiple que todavía mantenía por costumbre, podían sus hijas ser víctimas de agravios furtivos y, aunque él no las reconociera, se vería obligado a responsabilizarse si de su descuido nacía un muchacho.

Entre los privilegios de ser el niño varón, se encontraba el de recibir con un cinto de hebilla especial cuando había de dar castigo, que era a menudo. Si su madre y hermanas aguantaban el corriente, él, proyecto de hombre, había de aguantar siempre más. Y, siendo todavía un niño, tenía garantizado que, cumplida la mayoría de edad, le sería otorgado un cinto propio, similar al paterno, que además podría serle entregado antes si saliera espabilado y empezara las tareas de amorío y reproducción siendo todavía adolescente. Cosa aconsejable en caso de heredar la predisposición a la prole femenina además de la promiscuidad

paterna, porque así podría disfrutar de sus escasos varones antes de llegar a una edad tan madura como la de Román.

Hasta que la fortuna quiso que un día este estuviera de buena disposición y le regalara a Dance una bicicleta, que le compró a un amigo por unos cuantos dólares. Los colones, la moneda nacional, habían caído ya en desuso de manera no oficial, en una muestra más de cómo, progresivamente, se hacía el canje del amo español por el estadounidense, más fuerte que el antiguo imperio contrahecho del que se habían librado para caer en las garras de otro.

Para estrenar su ciclo, Dance emprendió el camino junto con unos amigos hacia el sur de Cojute, allí donde estaba una de las orillas del gran lago de Ilopango. Siguieron los caminos de tierra de la colonia, salieron de ella y fueron allá donde acababa el departamento. A medida que se acercaban a su destino el paisaje cambiaba de color. Pasó del pardo de la tierra al verde de las innumerables plantas y árboles que rodeaban el lago que les hacía de abrevadero. Tal era la frondosidad que, una vez llegados ahí, tuvieron que bajarse de las bicis e ir a pie. Atravesaron la maleza de aquel bosquejo de selva y llegaron a la orilla del lago. Desde la de Cojute podía verse el esbozo del volcán de San Salvador, aquel que originó ese emplazamiento nebuloso y mágico.

Los niños, que querían ya adentrarse en el lago, buscaban con la mirada un cayuco libre perteneciente a algún pescador de mojarras que, descuidado o generoso, lo hubiera dejado desocupado, pero no encontraron nada esta vez. Decidieron meterse de todos modos. Con tan solo dos pasos dejaron de tocar suelo, pero comenzaron a nadar sin percatarse de la profundidad de más de doscientos metros de sus aguas.

Era ya por la tarde cuando la niebla se hizo más espesa y el lago perdió la tonalidad cerúlea que le otorgaba la luz del mediodía. Pasó a aquel azul tirando a verde que les indicaba que ya era hora de marchar. Se vistieron y emprendieron su camino hacia las bicis cuando un vendedor ambulante les ofreció insistentemente mojarras fritas, que algún pescador le había conseguido vender pero que él, en aquel paraje carente de visitantes, no conseguía colocar. Uno de sus amigos iba a comprarle, pero le interrumpió la advertencia de una señora que pasaba.

—No compréis, esos peces comen muertos.

Los niños, habiendo escuchado y aceptado historias mucho más disparatadas, la creyeron y se fueron en sus bicis, dejando sin venta al comerciante de pescados antropófagos, que a sabiendas de la naturaleza de los peces vendía aquella mercancía por necesidad. Intentaba, como muchos otros, buscarse de esa manera la vida. Como los que vendían al borde de las calzadas charamuscas con refresco frío, o como los que llevaban [piquetes de hielo] que se derretían en las horas en las que más apretaba el sol. De esta manera se ganaban muchos la vida en los cantones, unos vendiendo y otros comprándoles, porque una charamusca fresca y un granizado colorido eran las pequeñas cosas que a los que vendían les daba de comer y a los que compraban la sensación de vivir gastando ese superávit vital que ofrecía descansos gloriosos en medio de tanto trabajo. Y en ese acuerdo no tácito de compra y venta, casi de trueque, hacían las gentes funcionar esa economía primitiva, vista la deficiente política económica que se llevaba en las dirigencias de la capital, si es que pudiera calificarse de seguir una política al negocio de plantar, regar y refinar el fruto de las plantaciones de café con las esperanzas de que la voluntad americana fuese magna y uno pudiera tener algún excedente con el que aumentar el sueldo propio del político, y no propiciar la industrialización o la reforma del país, porque los campesinos ya recogían mangos perdidos o comían a escondidas de la cosecha para alcanzar la ingesta mínima diaria necesaria. Colaboraban todos en ese acuerdo no tácito de yo le compro, pero luego usted me compra a mí, que se respetaba por unanimidad, pero del cual los chiquillos no tenían conocimiento por falta de saber de la vida.

Varios años después, Dance volvería a las orillas del lago, pero esta vez desde el lado de San Salvador. Desde allí, ya de noche, con las luces de la ciudad de Ilopango y el volcán a sus espaldas, a duras penas conseguía ver la orilla donde se bañaba de niño.

Pero sí que consiguió distinguir en la distancia la figura de un cayuco que se aproximaba al centro del lago. Por un momento le pareció verse a él mismo con ocho años junto a sus amigos. Pero agudizó la vista y vio en él un par de personajes con chaleco y fusiles al hombro. El que remaba dejó de hacerlo, y después de una breve discusión, entre los dos agarraron algo. A la de una, dos y tres, uno por los hombros y otro por

los pies, tiraron el cuerpo que llevaban en el cayuco. Cayó en las aguas verdes y los remores de los círculos concéntricos que provocó el impacto llegaron hasta la orilla de Dance. No salieron burbujas a la superficie después de haberse hundido el cuerpo.

—Púdrase, comunista cabrón, traidor a la patria.

El lago en el que había nadado de niño le confió esas palabras de despedida, llenas de sentimiento, en forma de eco.

Uno llevaba sobre el pecho, justo encima del corazón inexistente, un parche de un hombrecillo vestido de verde con fusil, enmarcado por la consigna «El honor es nuestra patria». Lo habían añadido alguna vez a su uniforme los guardias nacionales más rancios del cuerpo, al que ahora él ya no pertenecía. El otro llevaba el blasón distintivo de su respectivo exorganización, la de las fuerzas armadas: el escudo y las espadas laureadas. Laureadas de igual manera que el triángulo de la bandera nacional, igual que la fachada de la casa presidencial, igual que cada símbolo de esa rimbombante idea de patria absurda que no era más que la idealización de nuestro país, que se hundía y que se intentaba sostener con las frágiles hojas de laurel, que, si no conseguían aguantar nada, al menos lograban henchir el pecho de unos pocos para que siguieran luchando por el título de propiedad de una tierra canija con demasiados habitantes, unos demasiado avariciosos y otros demasiado inflexibles en su cometido de revolución. Y se olvidaron ambos, en esa batalla fútil de la tierra en la que vivían, en la que intentaban elevar todo a esa plataforma imaginaria, laureándolo aquello cuanto se podía. Menos los muertos, que se descomponían en los cerros escarpados o se convertían en comida para peces en los lagos lo suficientemente profundos, y había mucho de ambos accidentes geográficos en un territorio tan pequeño que, de seguir así, se quedaría sin existencias de ciudadanos, ya sea muertos o huidos de ese juego macabro de balas atravesadas en el que se habían visto atrapados.

Y hecha su tarea, aquellos que, con tanto blasón, no llevaban sino uno único, el de la muerte, remaron de vuelta. Exmilitares, exguardias nacionales, paramilitares... a todos les fue encomendada la labor de eliminar discretamente a los presuntos enemigos de la patria. Fueron financiados y amparados por un partido político formado por

empresarios y terratenientes que, imprudentes, crearon ese grupo clandestino, que con el tiempo no acataría otra orden que no obedeciera al beneficio propio. Nació así esa que organización que acabaría teniendo más poder que el mismo gobierno, pues qué poder era más real y superior que el de otorgar la prórroga de la vida o arrebatársela a antojo.

Finalmente, se marcharon, y la niebla se los tragó. El lago, por su parte, se ocupó de remendar la costura de las aguas que el cayuco había rasgado, pues no podía coser la herida de bala del presunto guerrillero, que en realidad no lo era, muerto en sus profundidades.

VII

Y mientras sus hijos hacían de las suyas, Marina bajaba la hondonada de vuelta a casa, después de una semana sin apenas beneficios con las ventas. Recorrió el camino hasta llegar a la pieza. Se aproximó a la puerta, pero no metió la llave en la cerradura. Apoyó la frente en la vieja madera, reprimiendo las lágrimas. Cerró una de las palmas en un puño y dio un golpe débil en la puerta. Otro le siguió, pero más fuerte. La aporreó hasta que en una de sus acometidas el puño no dio con nada sólido.

Román, el no marido que no estaba nunca en casa, aquella vez sí lo estaba. La miró desde dentro, la hizo entrar y la sentó. Bajo su atenta mirada, Marina no pudo hacer otra cosa que echarse a llorar. Él la siguió mirando hasta que salvó la distancia entre los dos para abrazarla. Le empezó a masajear la espalda mientras le susurraba palabras tranquilizadoras al oído. Ella se rindió, hundiendo la cabeza en su pecho, dejando que los sollozos la sacudieran ligeramente. Sintió la fuerza de sus brazos rodeándola y poco a poco consiguió calmarse.

Se quedaron así algunos minutos, abrazados y en silencio, hasta que él comenzó a darle besos en la frente. Sus manos pasaron de la espalda a los hombros, donde aferraron con firmeza. Comenzó con un beso delicado, que rápidamente se tornó en uno apremiante, casi agresivo. Una de las manos pasó al cuello, acariciándolo con algo de rudeza. A Marina, que ya había parado de llorar hace rato, volvieron a rodarle

lágrimas silenciosas por las mejillas. Él paró, soltando un suspiro exasperado. Ella volvió a dejar caer la cabeza en su pecho, tal vez por tristeza, tal vez por vergüenza. Inspiró profundamente, pero su aroma tenía algo de peculiar.

Levantó la cabeza y miró a Román a los ojos, interrogante. La mirada de él cambió. Había pasado de ser comprensiva a obscena y de obscena a ofendida en un lapso muy breve. Su mano todavía seguía apoyada en su cuello, rodeándolo parcialmente. Era una mano grande y fuerte. Sus facciones se tensaron, pero tras un instante la mano del cuello aflojó y la soltó. Se levantó de la silla precipitadamente, pero ella le agarró de la camisa para hacerlo volverse. Él pasó la mirada del brazo que todavía agarraba la prenda a la cara de ella, alternativamente. Aquella mirada intensa le hizo sentirse cohibida y le soltó. Él volvió a girarse para dejar la habitación, pero Marina habló, todavía con lágrimas.

—¿Quién ha sido esta vez? ¿La vecina del pasaje 8? ¿La del 11?

La mirada de él se tornó sombría, pero no se volvió. Marina repitió la pregunta, notando la desesperación en su propia voz. Él repitió su nombre varias veces mientras sacudía la cabeza y chistaba. A ella le gustaba escuchar su nombre en labios de él, pero no con aquel tono. Se giró para mirarla, ahora con una sonrisa embaucadora, aquella que hacía que se le marcaran los hoyuelos que hacían juego con su barbilla partida. Rodeó a Marina, que seguía sentada. Se colocó detrás de ella y puso las manos sobre sus hombros. Le masajeó suavemente, pero ella no se movió ni un ápice. Las caricias generosas que recibía diferían con el tono de voz de Román, que denotaba tensión. Empezó a ejercer presión sobre los hombros, apretando fuerte.

—Me haces daño.

Paró de repente y se separó ligeramente de ella. Inspiró y expiró profundamente, como procurando mantener la calma. Marina se levantó y estuvo a punto de marchar de la habitación cuando escuchó algo que la dejó helada. El tintineo de la hebilla resonó en sus oídos. A ello le siguieron el sonido del roce del cuero deslizándose por las trabillas del pantalón y del cinto hendiendo el aire. Después de eso, ya no escuchó nada más, solo sintió.

VIII

Ella los dejó. Los tuvo que dejar. Intentó llevárselos, pensando que ya se las arreglaría para sacarlos adelante. Pero Román, en un acto de enajenación sin sentido, no solo no le dejó llevárselos, sino que además la echó a ella.

Así, partió sola y decidió instalarse definitivamente en San Salvador, allí donde conseguía vender más seguros. Dónde más iba alguien a asegurarse las propiedades, si en el campo no las tenían poco más que catorce grandes familias.

Se fue con lo que llevaba puesto y con una parte de los ahorros que llevaba siempre a buen recaudo, de los cuales les dejó la otra parte a sus hijos. Llegó a la estación de Cojute gracias a una aventada y compró los billetes de autobús a la capital para esa misma tarde. La hora prevista de salida llegó, pero el autobús no. Comenzó a haber revuelo en la estación, porque los pocos pasajeros del autobús que no llegaba empezaron a impacientarse. Por muchas reclamaciones que se hicieron poco se consiguió. El autobús venía desde la estación de Chalatenango, y parecía que en su camino por Cuscatlán hubiera tenido algún percance.

Al preguntar por el siguiente autobús, se encontró con que hasta después de dos días no partía otro hacia la capital. Al estar esta tan cerca de Cojute en carro, había que esperarse a que otro que viniera de más lejos hiciera la parada en la estación.

Sin amigos en la capital en cuya casa quedarse, tuvo que rehacer el camino de ida, deseando que antes de la noche pudiera llegar a la casa de alguna de las conocidas que tenía en Cojute. Siguió el trazado de la carretera sin asfaltar a pie, ya que los ofrecimientos de aventadas no parecían amigos a aquellas horas del día.

Y de tanto caminar y de tan poco beber, acabó Marina divagando, y se encontró de repente de vuelta a sus recuerdos de infancia mientras avanzaba por el camino.

Inmersa en su reminiscencia, estaba ahora en lo más alto de Chalatenango, tocando con el cerro de San Jacinto y bordeando Honduras. Allá, donde, gracias a la altitud, el clima era fresco. El viento que llegaba desde el norte era detenido por la frondosidad de los árboles del cerro que, en forma de *U* inversa, resguardaban la hacienda. Allí vivían Marina con su padre la mayor parte del año, a excepción de las periódicas pero breves visitas a los latifundios repartidos por todo el país. En todos había vastas plantaciones de café, en las que le gustaba adentrarse. Incluso ayudaba Marina a recolectar, cogiendo los granos rojizos más bajos y metiéndolos en el pequeño canasto con ribetes que llevaba en el brazo. Todo ello con un sombrero de apacha a juego con los ribetes de la cesta para que el sol, en su hora más crítica, no arruinara su piel blanquecina tornándola morena, pues ¿cómo podría distinguirse entonces de cualquier otro niño recolector?

Cuando ya había llenado su canastito paseaba por los cultivos. Con su altura, se le antojaban un laberinto del que no encontraba la salida. Si le preguntaba por ella a algún trabajador, muchos apartaban la mirada y alguno que otro pronunciaba palabras inteligibles. La señora que le acompañó de vuelta la última vez, la condujo con reticencia hacia la residencia del propietario, manteniendo cierta distancia con la niña y sin darle la mano. La chiquilla le hacía preguntas sobre qué hacían con el café, si se lo llevaban para luego beberse en su casa, como hacía ella misma con su recolecta personal. Celsa, la trabajadora solo le reía las gracias y contestaba cosas vagas, nada destacable que luego pudiera reproducirle a su padre. Hablaba con cierta lentitud, pronunciando con dificultad palabras de una lengua que le era ajena, acostumbrada como lo estaba a hablar en náhuatl, con el que, por otra parte, también había

perdido fluidez por falta de práctica. Lo había guardado en un cajón, al igual que las ropas que vestía por costumbre y que ahora ya no le era permitido ponerse.

El padre de Marina, que estaba revisando cuentas con el capataz, la vio salir de la plantación junto a Celsa. Urgido, hizo señas a la niña para que viniera con él. La cogió en brazos, pero cuando ella le ofreció el canasto lleno, lo tiró de un manotazo. Marina, que vio a la cesta caer y a los granos desparramarse, lloró desde los hombros de su padre sin comprender qué pasaba. Antes de meterse en la casa, y con la niña todavía gritando, le susurró algunas órdenes al encargado dirigiendo la mirada hacia el sembrado, de donde Celsa había desaparecido ya hace rato.

Marina no volvió a recolectar café y, por lo que escuchó, Celsa tampoco.

Se sacudió ese recuerdo y se volvió a enfocar en el camino. Estaba ya cerca de su destino cuando vio a un autobús abandonado que la hizo pararse. Pensó inmediatamente que era el suyo, que tal vez había pinchado una rueda en el camino a la estación. Sin embargo, viéndolo desde fuera, parecía estar vacío, tanto de pasajeros como de conductor. Miró por los alrededores, pero tampoco había nadie por ellos. Era ya casi de noche y pensó si sería una buena idea quedarse allí a dormir, estando al menos de esa manera resguardada del ligero frío nocturno.

Se acercó y entró. Le costó subir los escalones, elevados para su altura, y aquello le llevó otra vez a sus recuerdos de infante aparentemente olvidados.

Incapaz de salvar, con sus diez años, la gran distancia que separaba el vagón del suelo tuvo que ser aupada por un trabajador. Uno de aquellos que antes habría sido incapaz de mirarla y menos tocarla. Pero el patrón ya no era su padre. De hecho, era ella la que, como mercancía, tendría que rendirle respeto a él, como los huidos de la ley que le pagaban a escondidas para cruzar el país en aquella locomotora de vagones llenos de género agrícola y de bienes ganaderos entre los que los prófugos buscaban un hueco, utilizando en el viaje de ida un saco de café de almohada.

El tren partió ante la única mirada de Otilia, la medio hermana con la que Marina compartía padre. Fallecido de tristeza por la muerte de su mujer, sus hermanos se hicieron con las propiedades. Nombraron heredera a su sobrina y mandaron a la hija adoptiva lejos, rechazando a la prole de la campesina muerta que nunca les había gustado.

Viajó Marina, entre condenados y gallinas, moviéndose de vagón en vagón cada vez que se cansaba de estar sentada viendo el paisaje desde la puerta ligeramente abierta del compartimiento mercantil. En el momento de abrir la puerta que comunicaba los vagones, antes de cruzar el abismo entre espacios que su inconsciencia infantil le hacía menospreciar, le llegó un olor algo desagradable del interior, pero peor sentía que olía el vagón de huidos hacinados que acababa de pasar.

Cruzó finalmente la puerta y vio allí más de veinte reses muertas que habían padecido una peste bélica que se cocía desde hace tiempo en sus cuerpos y que ese día acabó con ellos. Se amontonaban unos sobre otros. Cuernos que en la caída se habían metido accidentalmente en alguna oreja humana en el momento de caer, pezuñas que pisaban cuellos y estómagos pesados que obstruían torsos de muertos de guerra, uñas que se clavaban en los ojos negros sin vida de los animales tísicos. Una marea de restos humanos y animales que Marina veía a la vez en su mezcla de recuerdo y realidad, que por querer olvidarse de uno y por no querer ver la otra se combinaron y formaron aquella visión espantosa que la puso enferma y le hizo bajar del autobús.

Era asesinada gente en las manifestaciones, morían de un bando o de otro en las batallas que sucedían en las montañas, a veces hasta había alguno que por mayor o por enfermo se moría en el camino de un hospital demasiado lejano y quedaba su cuerpo por las calles, allí donde lo veían todos, aunque no lo recogía nadie, porque no era suyo y porque aquello era lo normal.

Pero aquellos muertos eran distintos. No llevaban uniformes militares ni distintivos guerrilleros. No había fusiles cercanos. Eran, enteramente, bajas civiles.

SEGUNDA PARTE

IX

Pasados los años, Marina se abrió camino vendiendo y ahorrando. Volvió a la pieza al cabo de los años. Román, por su parte, intentó recuperarla, no porque la siguiera queriendo, sino porque quería deshacerse de las obligaciones de padre sin renunciar a los derechos de marido. Fracaso, y después de eso no presentó batalla. La dejó llevarse a los hijos, porque no tenía comida para tantas bocas ni tanto cinturón para unos niños que, sin padres, se habían torcido durante la crianza.

Así que se los llevó a la capital. Al entrar en ella, se encontraron con una glorieta coronada por un enorme reloj de flores que ya había perdido cierto fulgor desde que había sido importado desde Francia.

Cuando el taxista paró para pedir indicaciones para llegar a la colonia de Llano Verde, cuya ubicación no conocía porque era de reciente edificación, escucharon por boca de conversaciones peatonales el rumor de una ofensiva guerrillera anunciada pero que no se sabía si era cierta. La gente se tranquilizaba mutuamente.

—Esta aquí no llegará, nunca llega.

Pero lo decían con una mano metida en el bolsillo medio vacío y con la otra rodeándole los hombros a los niños.

Las persianas de los negocios de la capital todavía tardarían años en empezar a bajar. Muchos de los dueños, dado el silencio de la Cadena Nacional, optaban por escuchar a escondidas la radio guerrillera, Radio

Venceremos, donde al menos conseguían distinguir algo de información verídica entre expresiones de grandilocuencia revolucionaria. Los guerrilleros se dirigían al pueblo que le escuchara para instarle a unirse a la vanguardia combatiente, y al gobierno para advertirle que mejor era que se rindiera antes de que la justicia popular tumbara las estructuras de poder que sostenían al degenerado gobierno. Apelaban también a los militares a rendirse. Recordaban el golpe de Estado de los jóvenes oficiales, después del cual intentaron renovar en vano nuestro injusto régimen, allá por el 79, poco antes de que empezara la guerra civil. La arenga desató la risa en los cuárteles de los oficiales, pero sembró por segundos la duda en los soldados, concibiendo la remota posibilidad de que los insurgentes tomaran el país y quedaran ellos como traidores. Pero la vacilación fue fácilmente disipada, no por la fidelidad a la patria ni al cuerpo, ni tampoco por luchar contra el comunismo o por colgarse medallas y honores en el pecho. Vieron todos enfrente de ellos el plato que tenían asegurado cada día. Se tocaron el bolsillo medio lleno para reconfortarse e ignoraron las quimeras revolucionarias. Pusieron los pies en la tierra, cubiertos con botas de calidad y no con las sandalias de suela de hule que la mayoría acostumbraba a llevar antes de alistarse, aquellas por las que se clavaba el tapete de los caminos sin asfaltar.

El mensaje, por lo general, no caló excesivamente en San Salvador. El fuego cruzado, por experiencia, se quedaba en los cerros, porque los guerrinches, así los llamaban, nunca conseguían pasar de allá.

El llamamiento tampoco avivó el corazón de ningún joven soñador. El que no se había unido hasta ese momento no iba a hacerlo ahora, pues al que hubiera de hacerlo por convencimiento ideológico no era necesario que se le convenciera mediante el discurso. Ellos mismos optaban por pedir un fusil de los cargamentos que llegaban desde países del continente amigos de los revolucionarios.

Aunque alguno con pagador gringo, creyéndose muy avisado, se había unido a la organización con el objetivo de identificar el origen de las numerosas cajas de Kalashnikov que entraban en concepto de auxilio rojo, intentando encontrar una tarjeta dedicatoria firmada por un tal Iósif Stalin, olvidando en su enajenación que ese remitente estaba ya

muerto, aunque ellos lo mantuvieran vivo en su diálogo reaccionario para justificar su propia dictadura.

Sin embargo, nuestra familia, mudándose a la capital, había conseguido mantenerse durante unos años más al margen de esos asuntos que parecían todavía lejanos pero que sucedían en el mismo país, siendo Marina muy consciente de ello.

Llegaban ya en el coche a la nueva colonia, cuyos caminos estaban a medio asfaltar y sus casas a medio construir. En medio de escombros y restos de obra, había una casita blanca de ladrillo algo amplia. Antes de entrar tenía una valla, también blanca, que la separaba del caos de los pasajes de su alrededor. Cogieron las maletas, pagaron al conductor y se adentraron en su nuevo hogar.

Dance y Delia fueron corriendo al jardín trasero. Por el momento, donde más tarde plantarían árboles de mango y de mamones solo había césped y una roca enorme que no consiguieron desplazar.

Mientras, el resto de las chicas y Marina entraron a ver la casa. Dentro, rápidamente, se adjudicaron las habitaciones bajo el único criterio que podía poner orden en una discusión entre hermanos: la antigüedad.

Terminado el día y estando todos acostados en su habitación y cama propias, Marina pasó a echarles un vistazo. La imagen de los niños había cambiado drásticamente. Rena había dejado de ser un bebé, Dance y Delia eran ya preadolescentes y Anayra, prácticamente una mujer. Todos tenían alguna marca en la cara, miembros demasiado huesudos. Se fue a su cama, aliviada de haber recuperado a sus hijos y de podérselos haber llevado a la casa que había comprado con sus ahorros.

Así, se internaron todos en el reino de los sueños como lo hicieron en el reino de la vida, juntos, pero separándose poco a poco en las bifurcaciones de unos caminos que habían de acabar llevándolos al mismo sitio. Y vieron en ellos un sinfín de sucesos improbables mezclados con eventos de la realidad, de manera que no se distinguían unos de los otros. Se supieron protagonistas de episodios históricos del pasado, del presente y del futuro, saltando de un tiempo a otro y de lugar

en lugar con la facilidad y la arbitrariedad que imponía la mente durante las traicioneras divagaciones nocturnas.

X

Comenzó Dance en el hotel Sheraton, trajeado y perfumado y un par de años más mayor, protagonizando una fantasía inspirada en las historias de lujo que su madre les había vendido como cuentos, pero que eran en realidad anécdotas de niñez.

Tenía una copa en la mano y se encontraba justo al lado de la piscina, la cual, pese a ser de noche, estaba descubierta para que se viera el refulgente azul de las aguas cloradas. Dance estaba rodeado de personajes de la esfera pública que le sonaban vagamente de recortes de periódico, algunos ilustres y otros no tanto. Pero los que abundaban eran los adinerados, cuya cara era incapaz de reconocer. Sin embargo, eran estos los que gozaban en ese régimen anfibio, liberal y dictatorial, de más poder que los que movilizaban un ejército para defenderse de los insurgentes que se habían vuelto a replegar en las montañas a esas horas del día.

Estaba pasmado con el lujoso entorno de palmeras regadas a base de agua refinada y de balcones de habitaciones con decoraciones de alabastro. Su imagen le causó curiosidad a una chica que estaba justo al otro lado de la piscina, aunque él, fascinado como estaba, no se percató de su presencia. Y visto que, a fuerza de observarle, no conseguiría llamar su atención, ella se acercó. Llegó a él, poniéndose en frente y se presentó. Viéndolo inseguro, le señaló uno por uno a las personas que les rodeaban para que se ubicara.

A su lado estaban conversando el expresidente Pío Romero Bosque y el también expresidente coronel Osorio, pese a ser imposible por incompatibilidad temporal. Pero las fuerzas del sueño podían permitirse licencias como aquellas. Ambos estaban inmersos en una discusión en la que el coronel le contraargumentaba.

—¿Y para qué quiere elecciones libres? Cuando estén mandando y no cumplan lo prometido con el pueblo, estos se habrán creído que meter una papeleta en una urna les dio derechos y se rebelarán. Y entonces nos llaman a nosotros, al ejército, para reprimirlos. Se complica usted mucho. Nosotros no pretendemos obtener beneficios gobernando. Servimos a la patria y por ello nos ganamos la vida honradamente, no como los empresarios de los que tanto dependen. Al que quiera meter la mano en el cofre se le corta, primero por avaro y segundo por ladrón. Aquí mi general Martínez, mi predecesor, le dio por establecer ese castigo para los rateros durante los doce años que comandó en el país, y resulta que se la tuvimos que cortar nosotros a él.

—¿Y qué van a hacer ustedes por mantener al pueblo tranquilo? No se pueden hacer reformas. Por cada excedente que conseguimos perdemos diez porque a los gringos les dio por volver a sus orígenes y beber té en vez del café que les vendemos.

—¿Y no le digo que eso lo conseguimos resolver siempre nosotros solos? Agarramos por la colita al país con mano de hierro y le sacamos las pulgas y garrapatas que intenten sembrar la rebelión...

La pareja dejó de prestar atención a esa conversación que parecía encenderse, y fueron moviéndose por el espacio, haciendo de escuchas de aquellos diálogos de personajes nacionales de distintas épocas. Y, entre presentaciones, gracias y galanteos, se vieron inmersos en un simple flirteo en el que Dance reparó cuando se vio reflejado en las puertas de cristal del vestíbulo del hotel. Se le presentaba ante sus ojos una estampa inocua que, por culpa del trauma de no parecerse a su padre, le pareció un crimen flagrante. Se percató de la altura exagerada, de la corpulencia ligera, del esbozo de una mandíbula ancha con la barbilla partida. Dance veía su peor temor con mayor evidencia que nunca mediante esa similitud en la figura y en la posición de cortejo constante que Román adoptaba incluso dormido.

Así que la dejó y corrió hacia el reflejo de sí mismo, dispuesto a chocarse con el vidrio, cuando se abrió la puerta y topó con cuerpos sólidos en vez de con fragmentos de cristal. Entre disculpas se marchó de aquel espacio confuso de figuras diacrónicamente distintas. Atravesó rápidamente el vestíbulo en una carrera urgente por llegar a la salida de esa distopía onírica, pasó corriendo por el restaurante del hotel, viendo manjares a medio acabar en las mesas, y acabó abriendo de un empujón una puerta que por fin le llevaría de vuelta a su habitación.

Con urgencia, se tumbó en la cama y cerró los ojos, esperando que, al abrirlos, hubiera conseguido salir de aquel sueño traumático. Pero su anhelo no se produjo, y cuando creyó haberse despertado, se levantó y acudió a la sala de estar para despejarse. Pero su mente le volvió a presentar a Román, resuelta a que, de una vez por todas, zanjara aquel tema pendiente que todavía le atormentaba.

Estaba tirado en el sofá, durmiendo. Sus fosas nasales se dilataban exageradamente cada vez que aspiraba, y cuando el aire salía emitía un ronquido desagradable. Tal y cómo estaba, inerte e indefenso, ya no causaba miedo. Sus ojos calculadores, siempre con esa sombra insidiosa, quedaban escondidos tras unos párpados caídos causados por el paso imperdonable del tiempo acompañado de la mala vida.

Todo en él se le antojaba completamente desagradable. Sus piernas se veían desproporcionadas en aquel diminuto sofá de dos plazas. La cabeza se le caía del respaldo describiendo un arco un tanto preocupante. Se había dormido con los zapatos puestos, pero uno se le había caído durante la batalla del sueño, dejando al descubierto un calcetín raído. El cabello, del que nunca había carecido, se veía ralo en la zona de la coronilla. El cuero del viejo cinturón estaba tenso, pues intentaba con todas sus fibras retener una barriga incipiente que su dueño, de estar despierto, habría procurado ocultar. Todo ello en su conjunto proporcionaba una imagen penosa para todo aquel que lo hubiera conocido durante su juventud.

Su figura encogida resultaba ridícula en comparación con la presencia que normalmente ofrecía en pie, andando con la cabeza bien alta, intentando alargar su ya considerable metro noventa. Los brazos estaban cruzados sobre su pecho. Las manos, aferradas a sus propios

antebrazos. Se abrazaba a sí mismo. Intentaba reconfortarse en su propia soledad infinita. Porque en el fondo de su subconsciente él era conocedor de cuan solo estaba. Por muchas mujeres que se hubiera procurado, por muchas hijas que hubiera engendrado, él sufría de la peor de las soledades: la que se vive en compañía. Lo que fuere que yaciera en ese sofá no era ya una persona. Era la sombra de un hombre.

Incapaz de visualizar más aquella estampa, Dance salió de la habitación brevemente para luego regresar.

Notando una mirada insistente sobre él, Román se despertó. Cuando lo hizo, vio a su hijo cargando aquella piedra enorme del jardín. Dance levantó el pedrusco por encima de su cabeza para asestar el golpe final, y en sus ojos vio el miedo a una muerte próxima, artificio de su propia congenie. A punto estaba de dejar caer la piedra sobre él, cuando su mente, otra vez traicionera, le cambió al padre por él mismo.

Se miró a la cara y la soltó de igual manera, pensando que, si con tal de matarlo a él, tenía que matarse a sí mismo, el precio a pagar valía la pena. Ignoraba todavía que todo aquello fuera un sueño.

XI

Marina, por su parte, había vuelto a las aguas de su pasado.

Su madre la había tenido en una relación anterior con un empresario estadounidense que había adquirido una de las plantaciones en las que trabajaba. Ignorando remilgos de clase, se unió con ella, quedando encinta. Fue la primera que vio mientras controlaba el correcto funcionamiento de las plantaciones, y si hubiera sido otra la primera habría sido ella la privilegiada. Se hizo construir una gran casa en cada una de las plantaciones para estar cerca siempre de su negocio. Su amante campesina, que seguía trabajando pesa a portar su hijo, le enseñó cariñosamente las tareas del labriego. Así que, además de supervisar, se dedicó a recolectar y a moler el grano, fascinado por la magia de una tarea tan sencilla, que no era ardua para él porque se adentraba en los sembrados ya crecidos no durante mucho más de dos horas al día y con un equipamiento mejor que el de cualquiera de sus trabajadores. Los ratos que tenía libres, además, los dedicaba a dormir la siesta en una hamaca improvisada.

Él, inmerso en aquellos amores de campesinado y apabullado por el clima tropical al que estaba desacostumbrado, dejó sus labores de inversor disperso y se centró en las plantaciones de café, donde halló una afición. Al mismo tiempo que él trabajaba bajo el resguardo de su sombrero enorme y dormía bajo la sombra de grandes árboles, la

barriga de su moza no desposada crecía y se inflaba a pasos agigantados, al igual que las cifras del mercado de valores de su país, el cual había perdido de vista mientras jugaba a los latifundios.

Finalmente, el mismo día trágico e histórico en que se desplomaron las acciones, y con ello la economía mundial y la suya, la niña nació. Ante la noticia de un campesino de que la señora rompió aguas, y el aviso de su capataz de que le habían echado para atrás la compra habitual de café, se fue con el segundo. En un súbito ataque de pánico malvendió sus tierras a un rico local para no endeudarse. Con las prisas por irse le vendió los cultivos, toda la producción que ya tenía en almacén pero que no le compraba nadie, las hamacas, los campesinos sin tierra y hasta a la mujer y a la hija recién nacida. Partió, y nadie supo si para volver al norte, si para convertir su afición de recolector en oficio en otra plantación que no hubiera gestionado él, o si para despeñarse por un cerro tras haberlo perdido todo.

De él solo quedó el cabello que heredó Marina, que nació pelirroja, y fue adoptada por el nuevo dueño, Atilio. Oficializó la adquisición tomando a su madre por esposa y a ella como hija legítima, creyendo que si el gringo había escogido a la campesina para tener amores por algo sería. Así, creció Marina como la hija del gran propietario, visitando de vez en cuando las plantaciones y recolectando, pues había heredado también la costumbre de su padre huido.

Sin embargo, Atilio no trasladó su magnanimidad de padre a su faceta de patrón. Consciente de las pérdidas periódicas que inevitablemente suponía el negocio de la exportación de café, les bajó el sueldo a los trabajadores y les acució para que con las mismas horas y con menos remuneración produjeran más, mientras les decía que, si se hundía el negocio, quién les iba a pagar. Pero pagaría él aquel despotismo con creces en unos meses.

Una noche, la oscuridad se vio interrumpida por las llamas que asolaban las cosechas, y quedó la noche plagada de sonidos de machete que hendían el aire y la carne. La insurrección se extendía heterogéneamente por el campo. Algunos de los dueños de las plantaciones se pudieron ir a dormir, siéndole otorgada una noche más de descanso, hasta que, por la mañana, tuvieran que enfrentarse con la masa de

trabajadores sediciosos, de caras desconocidas que le parecían todas iguales: curtidas por el sol, rabiosas y comunistas. Los campesinos se le figuraban obreros rusos que, finalmente, después de casi veinte años, tras su revolución, habían conseguido hacerse paso por tierras ístmicas. Habían penetrado en su ansiada tierra y en sus propiedades, que desparecerían como tales porque estaba llegando la revolución. Su olfato de negocios se lo decía: «que nos quieren atravesar hasta llegar a Estados Unidos... pero ya les pararán los gringos, ellos sí que saben atacar con contundencia al que claramente es un enemigo...» empresarios, y oficiales y políticos, que para esa época eran lo mismo, creyeron anticipar la revolución que llegaba a Latinoamérica. Los campesinos sin alma y los indígenas sin cultura habían sido pasto del discurso revolucionario que arengaba a trabajadores a revelarse contra el patrón, sin tener ellos más comprensión de lo que pasaba que cuando veían una hoja tintada de lo que parecían trazos inteligibles a ojos analfabetos.

A otros dueños de plantaciones, sin embargo, no les quedó más remedio que echar a correr aquella misma noche, consiguiendo tan solo prolongar lo inevitable, porque, tarde o temprano, llegaban al comienzo de otro latifundio en el que se alzaba la rebelión, o a la pendiente de un cerro que, por su orografía escabrosa, les procuraba una caída mortal.

Pero Atilio no huyó. Su casa ardía en llamas, al igual que las cosechas. Entró en la hacienda y se encontró a Marina llorando por la molestia del humo, que había penetrado ya en sus pulmones, y a su mujer inconsciente en el suelo, con el brazo con el que había intentado llegar a la cuna de su hija todavía extendido. Atilio cogió a una e intentó despertar a la otra, pero las tablas empezaron a desprenderse del techo. Con lágrimas en los ojos por el humo y por la tristeza, salió con la chiquilla en brazos justo antes de que la casa se derrumbara, dejando a su mujer dentro. Partió a avisar a las autoridades, que, en pocos días ya se encargaron de poner orden en las cosechas de rebeldes sin causa.

XII

Delia se había trasladado al medio de una plaza atestada de gente. Desde la iglesia se abría paso un grupo de seis que llevaba a hombros un ataúd visiblemente pesado con el típico Cristo clavado en la tapa, con los brazos extendidos y las piernas juntas, y lágrimas en forma de perlitas, iconografía que contrastaba con la comodidad de los revestimientos de terciopelo blanco sobre los que se encontraba el cuerpo ahora en paz de monseñor Romero. Delia había escuchado en la radio como le habían disparado en medio de una misa. Era llevado al centro de la plaza porticada del general Gerardo Barrios, el cual era testigo del funeral desde su pedestal, en forma de escultura ecuestre honorífica.

El cajón de monseñor Romero, canonizado tiempo después, se expuso a tapa cerrada. Estaba el muerto vestido con la sotana con detalles rojos rematada por la cruz dorada sujeta a la altura del pecho, cerca de donde le había perforado la bala que le había provocado la muerte en medio de la misa. A través del cual se podía ver el corazón, todavía prodigiosamente latente por el fervor del gentío que lloraba por él en sus funerales. Se les había ido un personaje que, pese a saberse perseguido, había muerto y no matado por denunciar la represión y defender al pueblo que ahora le acompañaba.

Empezó el velatorio con las palabras del párroco que se esperaba que fuese el nuevo monseñor. Enunció el discurso de despedida con un

ojo puesto en el ataúd de su compañero muerto y con el otro mirando su alrededor, localizando los puntos altos desde los cuales podría ser un blanco fácil para un francotirador casual como el que había matado al anterior prelado.

La atmósfera de tristeza confluía con la de miedo, pero la voz amplificadas mediante equipo sonoro del padre consiguió sacar a la gente de sus cavilaciones. Se unieron todos en el rezo, conformando una voz única que disipó los temores compartidos.

Después de pronunciar la bendición final, el amén fue secundado por un disparo de origen desconocido, al que le siguieron más. Se revolvió la plaza entera. Delia gritó ansiosa, intentando buscar una vía de escape de lo que en poco tiempo se convertiría en una marabunta. El desasosiego por escapar y la angostura de la salida de la plaza hicieron que la gente se amontonara, y en el que trastabillaba, por cercanía excesiva con el del frente o por torpeza inoportuna, era aplastado por una estampida que acababa con su vida.

El criticismo de la situación hizo cobrar vida a la estatua del general, que, por vocación, empezó a emitir órdenes para organizar al que creía un ejército sin disciplina. Punzaba con la espada a los que, desde el otro lado de la valla metálica, intentaban trepar para escapar, instándoles a que volvieran a la batalla e hicieran frente a sus atacantes, en vez de correr despavoridos. Estaban causando ellos más muerte en el transcurso de la huida que los que habían disparado, que ni siquiera llegaron a acertar a nadie. Finalmente, el general de bronce se vio obligado a saltar al interior de la plaza, y una vez dentro, en un giro brusco de dirección, la grupa del caballo de bronce tumbó a Delia.

Con pocos pasos certeros le torcieron las articulaciones, le desviaron las caderas y le quebrantaron las vértebras, dándole muerte en el sueño sin conseguir despertarla todavía de las pesadillas en las que todos estaban sumidos.

XIII

Anayra, al inicio de su sueño, se encontraba en una inmensa cola, con una papeleta en la mano derecha, todavía sin rellenar, y con un bolígrafo en la otra. Avanzaba cada vez más rápido y ella no conseguía decidir qué cruz marcar. Al final marcó la segunda opción, pero en cuanto la papeleta traspasó la barrera de la urna el trazo desapareció y apareció en la primera.

Así, al cabo de los días se anunció la victoria electoral de José Napoleón Duarte Fuentes, que ganó en marzo, pero empezó a ejercer de pleno derecho el primer día de junio, ya empezada la temporada de lluvias y surgidos los zompopos de mayo, hormigas a los que se les otorgaron alas para desempeñar el papel de berlina presidencial. Llevaron por los aires a nuestro excelentísimo presidente democráticamente electo de la República, legítimamente dotado para ocupar la Casa Presidencial.

Pudo entrar Anayra en ella, y pasó a una amplia antesala que podía abandonarse a través de tres puertas. La de en medio, casi un pórtico, llevaba al despacho presidencial, en el que había un amplio escritorio y, detrás de este, tres banderas. La central, la nacional, blanquiazul con un triángulo laureado, estaba franqueada por dos banderas centinelas rayadas y estrelladas, estadounidenses, que la resguardaban de los peligros insurgentes de la propia patria. Fueron colocadas por el mismo

Duarte en su primer día de mandato. Tenía también su propia versión en miniatura, que lucía para sí en el revés del pin con la bandera nacional de su solapa.

En la habitación contigua al despacho estaba la Asamblea Legislativa, embargada por sus compañeros de partido, los cuales, pese a no llegar a ocupar la mitad de la cámara, harían y desharian valiéndose del poder que les confería ocupar más asientos que nadie en la sala. Allí, además, escogían a los ocupantes de la otra estancia contigua al despacho presidencial: la Corte Superlativa de Injusticia. Se repartieron togas de magistrados ya nominados desde hace meses. Estos ocuparon rápidamente sus respectivos despachos, en cuyos escritorios empezaron a acumular las denuncias de abuso de poder institucional, hasta que acertaban a encontrar un momento de pasillos desiertos para recorrer el largo camino hasta la trituradora. Anayra, escondida entre los recovecos de aquella inmensa construcción, llegó a ver como algunos, descubiertos en su trayecto clandestino, se habían visto obligados a engullir los inmensos tomos de querellas que acarreaban, para después ofrecer reverencias y sonrisas con trozos de papel aún entre los dientes y con los labios manchados de tinta al embajador gringo de turno, encargado de hacer la doble visita anual de rigor para ratificar el correcto funcionamiento de los mecanismos de su parterre ulterior. Embajador que, de haber descubierto la existencia de esos informes desaparecidos en el estómago del magistrado, se los habría tragado el mismo.

En la Casa Presidencial se encontraban los tres órganos de los que ahora emanaba la voluntad del pueblo, antaño concentrados en uno, allá por los tiempos en los que la legislatura empezaba el primero de julio y no el de junio, cuando el calor era ya tan apabullante que las gentes no acertaban a distinguir si el que ocupaba la butaca del despacho presidencial era al que habían votado –si es que se les había permitido–, que por supuesto no lo era.

En la Asamblea Constituyente, conformada cuando ya había comenzado a producirse el eco de las pugnas entre insurgentes y militares en las áreas rurales, se redactó la Carta Magna ahora vigente. Esta reconocía los derechos inalienables de todo salvadoreño, privilegios que como ciudadano se le conferían mientras no protestaran contra el poder:

Se les eximía de la obediencia a las autoridades cuando estas se sobrepasaran, siéndoles reservadas estas mismas el derecho de revocar este principio sin obligatoriedad de causa justificada; se les concedía la oportunidad de voto, a no ser que este fuese para la izquierda marxista-leninista-guevarista-sandinista-farabundista-estalinista-soviética y revolucionaria, como lo eran todas las izquierdas, en unas elecciones en las que el gobierno se podía tomar la licencia de ser creativo con los resultados, siendo esto un derecho elemental del poder, que no podía verse desprotegido ante unos ciudadanos tan dotados de libertades. Y de esta retahíla de principios homológamente contradictorios constaba el documento, de tres páginas en total, incluyendo entre ellas la portada y contraportada, ligero para poder abanicarse con él en las horas de máximo calor, pues poco servía a su propósito original.

Se había marcado entonces cierta distancia con el autoritarismo de décadas anteriores, legitimando con esta promesa de democracia el régimen. Y, satisfecho con la tarea realizada, descansaba Duarte en las instancias de la Casa Presidencial, ejerciendo su papel de hombre apto para las circunstancias, mientras se exhibía su rostro en la cadena nacional y se anunciaba su nombre en toda emisora de radio.

Estaba en su silla, aquella que se había amoldado temporalmente por cinco años, ni uno más ni uno menos, hasta que se angostara o ensanchara para recibir a su siguiente huésped; a no ser que decidiera él ocuparla por más tiempo del debido, como habían hecho otros estando en su lugar años atrás. Aquel que en ella había aguantado más, del que todavía quedaba una ligera impronta tras haberla ocupado durante la friolera cifra de trece años, mandó poner una placa con su nombre en el respaldo de la butaca una vez cumplida la década, orden que suscitó los recelos de sus compañeros marciales. Pensaron que quiso con esto hacer de su mandato una fase de cese indefinido, cuando en realidad nominó el asiento presidencial para evitar la vergüenza de reconocer que se había quedado atrapado en él desde hace años. Una vez expirado el período máximo de ocupación, la silla había dejado de mutar a su voluntad, aprisionando así las carnes abotargadas por la enfermedad del poder. Lo liberó finalmente el mismo ejército que lo colocó, mientras la gente se felicitaba mutuamente por las calles por haber destituido al

presidente eterno mediante la presión pacífica. El mandato del déspota asentó entonces un precedente, pues le sucedió después un tirano, al que le siguió luego un dictador, y más tarde un autócrata, iniciándose así una mecánica de relevo que degeneró en breves pero continuos mandatos de militares que ocupaban la silla hoy con condecoraciones de general y la despedían mañana con el uniforme de soldado raso entre gritos de protestas populares, las cuales cesarían pasado mañana por ser ahora una nueva etapa, pero que surgirían la semana que viene por volver a repetirse todo otra vez. Hasta llegar a la copia viciosa actual, la dictablanda o la democradura, desechados ambos términos en la redacción de la nueva Constitución como definatorios del nuevo régimen por ser demasiado apropiados, pues tal engendro gubernamental no podía acertar a llamarse a sí mismo como lo que en verdad era, por ser, como ya se ha dicho, un engendro gubernamental que ni tan siquiera en eso atinaba.

XIV

Mientras estaban todos sumidos en esa hibernación prolongada, comenzó a sentirse un pequeño temblor del que ellos no se percataron. Y, si lo hicieron, lo atribuyeron a una impresión más de los desvaríos del sueño traicionero que les estaba presentando lo irreal como real, a la vez que les mantenía cautivos en la jaula de la enteleguía que les hacía sostener que el estremecimiento del suelo era el vaivén de la mecedora que recordaban como parte de su infancia, cuando vivían en Candelaria y la guerra era una palabra desconocida, cuando no iban por la calle sin que alguien gritara «Balacera, balacera» y se tuvieran que tirar al suelo para luego continuar su camino.

La oscilación en la casa fue aumentando progresivamente, haciendo vibrar las bases de la casa, sumiéndoles más aun en la modorra. Titubearon los suelos de los hogares blancos idénticos, vacilaron los cielos de los bloques de pisos de la barriada del Mexicano, se resintieron los fundamentos de los chalés de la urbanización del Escalón, cayeron de sus plantas los granos rojizos de café y hasta las bases de las montañas temblaron, arrebatando las armas a los combatientes enemigos que por inercia se sujetaron mutuamente para no despeñarse. Se sintió el resquemor de nuestro país en pena que manifestaba la insostenibilidad de su panorama, que enviaba un aviso para los que

quisiéramos escucharlo de que un día se hundiría repentinamente de la misma manera que se erigió.

Sin embargo, ellos continuaban atrapados en las garras avaras de la narcosis, que no aflojaron ni ante la apremiante llamada de la realidad sísmica. Su mente todavía fabricaba personajes que iban cayendo por las sacudidas de la construcción.

Allí se les apareció la figura del padre, que acababa de perecer durante el mismo terremoto que a ellos les mecía. Había fallecido en el derrumbamiento parcial de una casa ajena, mientras intentaba cumplir por última vez su deseo de cónyuge necesitado, cuando ni las sacudidas de la tierra ni las advertencias de su acompañante le frenaron, cayéndole finalmente un trozo de techo en la cabeza, dejando libre a una mujer por primera vez en la vida, y tuvo que ser después de muerto.

Y su fantasma se presentó en todas las casas de sus familias dispersas a modo de despedida, intentando gozar una vez más del amor de las exqueridas, aunque sin éxito por culpa de la impotencia de la edad. Enfurecido, se sacó el cinto, si no para bajarse los pantalones, al menos para descargar su rabia, pero se vio impedido, esta segunda vez, por culpa de la falta de materialidad de los difuntos. Así que, sin poder hacer ni una cosa ni la otra, desapareció de la existencia.

Después de la visión del padre, falsamente vivo, se presentó en la casa otro cadáver etéreo, ahora un oficial que examinó la cédula que Dance tenía sobre la mesita. Viéndolo en edad de luchar, intentó llevárselo, porque se le morían los soldados en las incursiones montañosas suicidas, y nadie más se convencía ya del discurso de lucha por la patria. Se quedaba sin efectivos, y, para rematarlo, los gringos habían vuelto a iniciar su juego de abrir y cerrar el grifo de suministros y recursos ante el descubrimiento de algún informe que mostraba la genuina crueldad de las estrategias internas de algunas unidades militares. Procuró asir a Dance del brazo, pero se topó, al igual que Román en su momento, con la inmaterialidad de su propio cuerpo exánime, fenecido en combate cuando empezó a sacudirse la tierra en las alturas del campo de batalla. Cuando, por no querer agarrarse al enemigo, se precipitó por lo escarpado del cerro. Sabiéndose ahora muerto, abandonó su tarea de reclutar forzosamente unidades de somnolientos para continuar la cruzada.

Y acabada ya la comitiva de fantasmas, los miembros de nuestra familia salieron de sus fantasías individuales y se vieron a ellos mismos, inertes en los lechos pese a la fluctuación constante de la superficie que los sostenía. Se vieron impotentes delante de la perspectiva de una muerte inminente, pidieron ayuda a los vecinos del exterior para que los instaran a despertarse. Los lamentos atravesaban las paredes y se confundían en una cacofonía apesadumbrada a la que se le unió el repiqueteo de la fruta de los árboles del jardín cayendo en el techo como balas perdidas.

Y cayeron en la cuenta de que los sollozos y los clamores no les sacarían de la peliaguda tesitura, que ellos mismos debían salir del sueño, así como habían salido de las contrariedades con anterioridad, pudiendo ser solo ellos mismos sus únicos salvadores.

XV

Consiguieron finalmente despertarse de sus respectivas simulaciones de muerte fabricadas por su subconsciente. No eran más que manifestaciones de algo que se venía gestando desde hace tiempo en su pensamiento, cuando comenzaron a tomar consciencia de la inestabilidad de la vida y de su poca valía en un contexto como el que les tocó vivir.

Salieron entonces con los colchones llenos de polvo de yeso al exterior, porque de vez en cuando se volvían a producir temblores, y temían verse atrapados en los sueños de nuevo.

Y esa reticencia a sumirse de lleno en la modorra los llevó a una vigilia intermitente que duró tres años. Convenientemente, esto les permitió estar alerta, porque ya se comenzaban a producir reyertas cada vez más cercanas a la capital. Empezaron a dormir con los zapatos puestos y un puñado de dólares en el bolsillo, por si en medio de la noche tenían que salir corriendo y buscarse la vida por separado.

Sin embargo, involuntariamente, una noche, por el cansancio acumulado, se quedaron dormidos profundamente sin caer en el sueño. Durante esa larga noche, a kilómetros de su casa, llegó una unidad militar a las inmediaciones de la universidad de la capital. Allí dormían seis religiosos que fueron asesinados en un atentado nocturno de cobardía infinita. Murieron esa noche porque previamente habían

intentado estrechar lazos de concordia entre los bandos, y tuvieron como único resultado el quebrantamiento del fino hilo que los unía a la vida.

Pero nuestra familia sobrevivió un día más, y se despertaron la mañana siguiente entre disparos. Se escuchaba el golpeteo homogéneo y rítmico de una unidad coordinada que se dispersó poco después. Cócteles molotov, granadas. Algunos, la mañana siguiente, jurarían haber escuchado el atronador motor de una tanqueta militar.

Porque nada se conseguía distinguir del caos bélico que se desarrollaba en las calles. No se discernía un Kalashnikov de una M-16. Habían oído, y siempre de boca en boca, hablar sobre las batallas en Chalatenango, de la matanza de Sampúl, de las escaramuzas en Cuscatlán... pero el ataque de allí fuera era mucho más real que lo que habían oído, y era algo a lo que no estaban acostumbrados. Sintieron que morirían allí, encerrados en casa como ratas asustadas.

Encendieron la televisión para encontrar alguna explicación a lo que ocurría. Nada. Seguía retransmitiéndose en bucle las imágenes que se habían emitido hace dos días, de cuando los alemanes se agolpaban a ambos lados del ancho Muro de Berlín, golpeando con cualquier herramienta la piedra que les había separado por más de veinte años. Se leía debajo, en mayúsculas «Cae el comunismo».

Era lógico esperar silencio por parte de los medios gubernamentales, pero al sintonizar Radio Venceremos se encontraban las mismas explicaciones vagas que ofrecía el Canal Nacional. De ellos se esperaba un anuncio rimbombante de cómo estaban aplastando a los militares. Apagaron todos los dispositivos. Bastaba con escuchar las sacudidas del exterior. *Cuילים* y bolcheviques se disputaban la zona entre gritos, y si mataban a todos los que allí vivían, o conseguían que huyeran, se pelearían por el nombre del cantón vacío en su larga lista de batallas exitosas. Dejarían las casas vacías y las calles llenas de cuerpos, no pertenecientes a militares ni a guerrilleros por supuesto; a los compas se los llevaban para velarlos.

Pero el revuelo pareció calmarse pasada una semana, pues, por lo visto, los guerrilleros habían conseguido entrar en el centro de la capital.

En la única mañana en que parecía haberse retomado la dinámica habitual, pese al rumor lejano de los disparos, picaron a la puerta. Se presentó Otilia, la medio hermana de Marina, la que la había mirado desde la distancia cuando partió en el tren el mismo día que murió su padre y que sus tíos se hicieron cargo de todo, vendiendo a una sobrina ajena como una propina de un cargamento de reses enfermas.

Le había seguido la pista durante todo ese tiempo, y, de vez en cuando, desde que abandonó a Román, la venía a visitar a su casa para ver cómo estaba, sintiéndose culpable por que Marina fuera desterrada.

Otilia habló ese día con palabras apresuradas. Ella y su marido se iban a Madrid, gracias a los contactos que tenían en la embajada española, que iba a enviar un helicóptero para repatriar a los ciudadanos españoles que se hubieran visto atrapados en lo más grave de la guerra.

—¿Y nos van a llevar a nosotros, que somos tantos y ni somos españoles?

—Se prevé que algunos se pierdan por el camino o que otros decidan no volver porque ya se han establecido aquí. Si quedan plazas libres, entran ustedes.

—¿Y sus negocios?

—Nos los están destrozando de igual manera. Han llegado a Escalón. Tengo miedo de que me pase lo que a su madre.

—Los guerrinches no llevan machetes ni quemar casas.

—No. Llevan fusiles.

Podrían embarcarse en un Hércules si estaban dispuestos a dejarlo todo allí y ahora. Otilia se fue prometiéndole que le avisaría cuando supiera la fecha exacta.

Recibió al cabo de los días una llamada:

—El helicóptero parte en media, hora estén allí o no.

XVI

El reloj de flores, el que había atestiguado su llegada a la capital, iba a hacerles la cuenta atrás, que empezó en aquel momento.

Después de las dudas iniciales, el minuterero empezó a moverse. Tenían que ir hasta el aeropuerto de Ilopango, que estaba a veinte minutos en automóvil. Se pusieron en marcha. Si había que cambiar de opinión ya lo harían en el camino. Consiguieron que un amigo con camioneta los llevara. En la caja abierta iban Marina, Anayra y Dance, y Delia y Rena, las más pequeñas, iban delante. Para cuando consiguieron salir de la colonia ya habían pasado otros cinco minutos.

Los caminos estaban llenos de gente que iba en sentido contrario, huyendo de la capital con bolsas improvisadas de ropa. O bien iban a refugiarse a las casas de sus conocidos en la periferia de la capital, alejándose del conflicto, o vagaba porque la casa se le había caído con las bombas aéreas que caían entre barriadas.

Veintitrés minutos. Estuvieron a punto de caerse varias veces por la velocidad con que la camioneta avanzaba por los badenes naturales del terreno. Veintidós. Conforme desaparecía el torrente de gente que escapaba, ellos se acercaban al epicentro de los tiros. Tenían que cruzar por allí. No había margen de tiempo para dar la vuelta. Veintiuno. La carretera se vio interrumpida por dos convoyes que les vararon el camino. Aquella era plena zona de conflicto. Intentaron razonar con el

jefe del puesto de control, pero apuntó a las ruedas, y habría disparado si hubieran tardado más de cinco segundos en retroceder. Veinte.

Dieron la vuelta y lo intentaron, esta vez por zona guerrillera. Buscaron con la vista a alguien que pudiera darles paso, pero todos parecían estar inmersos en la batalla. No podían cruzar de improviso.

Anayra localizó en la distancia a Joan, discutiendo con uno de los guerrilleros.

—¿Y viene a despedirse después de que ya nos abandonó? Llegan muchos extranjeros como usted a luchar con nosotros, aburridos de la monotonía de su país. Recién aterrizan y quieren agarrar un rifle para hacer la revolución. Se integran, y hacen de una lucha ajena la suya propia. No me malentienda, todas las manos son bienvenidas, y más si uno viene a jugarse la vida, pero alguno que otro piensa que todo aquí tiene fácil solución. Mire, sé que usted cambió de opinión y ahora está en contra de la lucha armada, de *nuestra lucha*, pero es imposible hacer reivindicaciones sociales de manera pacífica. Precisamente, esa paz es rota por los que se mantienen en el poder.

—¿Y si te cachan en el intento?

—Mire, si ya hasta habla como nosotros. ¿Tiene cédula? Asegúrese de sacársela, porque a mi compa le pegaron un tiro por no tenerla.

— Es fácil que se pegue el habla si uno conversa con la gente. A ti, en cambio, solo te veo dando órdenes a los de tu guerrilla. No tienes contacto con aquellos a los que juras salvar, y por los que dices que luchas. ¿Como quieres que se te unan, si ni siquiera los tienes en cuenta?

— Claro que los tengo en cuenta, yo soy uno de ellos, y cada uno de mis compas también.

— Yo te veo con un plato de comida en la mesa tres veces al día, y no solo de arroz y frijoles. He visto a críos tener que apañarse con el saco de arroz y frijoles que tú te comes en un día, durante toda una semana.

— ¿Y usted cómo cree que fue mi infancia? ¿Se cree que me juego mi vida cada día porque me apetece jugar a las guerrillas? ¿Porque me queda bien el rifle a la espalda? ¿Cree que si paso hambre como ellos seré más solidario con el pueblo? Pero respecto a lo que dijo, aquí la vida no vale nada, lo que vale es la comodidad que se pueda tener

mientras se viva, y siempre se puede estar peor. Se prefiere la pobreza al hambre, y se prefiere el hambre a la vida guerrillera, por eso no somos todos los que deberíamos ser.

» Pero no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, nosotros podemos crearlas. Pero ustedes, los quietistas, los seudorrevolucionarios, se refugian en su inactividad con el pretexto de que contra el ejército profesional nada se puede hacer, o esperan a que, de forma mecánica, se den todas las condiciones necesarias, sin preocuparse de acelerarlas. Y, si no va a unirse, váyase de una vez de vuelta a su país.

—¿Parafraseas al Che?

— No se haga, usted es más guevarista que yo. Se rebeló en España y no le salió bien. Se fue a Nicaragua y todavía le fue peor, y todavía continua aquí. Ya abandonó, ya dijo adiós. Encantado de haberlo conocido, y ahora déjenos hacer la revolución.

—Vuestra revolución popular dejó de serlo en el momento en el que os armasteis y apuntasteis a San Salvador. Pasasteis a ser parte de una guerra que está quebrantando a vuestro propio pueblo.

Y con eso dicho se subió a la moto para llegar al avión que le devolvería a España, pero su interlocutor le disparó a las ruedas. Anayra le gritó que subiera a la camioneta. Salió corriendo. Recibió un tiro en la espalda. Le había acertado una bala de un militar que era para el guerrillero con el que estaba hablando.

Con la confusión generada, el conductor pisó el acelerador y cruzaron la zona sin permiso alguno. Quince minutos. Anayra se quedó con la mirada fija. Dejaba todo atrás. La gente que conocía se moría mientras ella se conseguía salvar. Vio el cuerpo del que fue su profesor ya en la distancia, y antes de dejarlo atrás todo vio que pasaban a su lado los militares que lograban hacer retroceder a los guerrilleros.

Pero no se quedarían para ver el desenlace.

EPÍLOGO

Subieron con los automóviles oficiales hasta llegar a las faldas del cerro del chapulín donde se alzaba el castillo de Chapultepec, en México. Desde allí abajo, el frondoso bosque que rodeaba la fortaleza no permitía ver más que el gran torreón sobre el que ondeaba la bandera verde, blanca y roja del país que albergaría la firma de los acuerdos de paz, celebrados de mutuo acuerdo y conveniencia entre los bandos, y que pondrían fin a una guerra demasiado prolongada.

Los dirigentes del antiguo bando revolucionario emprendieron el camino de subida a pie desde el lugar donde los coches ya no podían pasar, y se adentraron en la maleza que les recordó a la que por años había sido su hábitat natural, y que ahora, enfundados en un traje, les resultaba ajena. Ascendían hacia un castillo pleno de valor histórico, que en tan solo dos siglos había sido palacio virreinal, cárcel, colegio militar y ahora museo. Los exguerrilleros caminaban hacia él creyéndose artífices y protagonistas de ese determinante episodio histórico,

Subieron las escaleras de la planta clausurada donde antes dormían los presos en los tiempos que hizo las funciones de cárcel, y llegaron a la entrada principal, observando la multitud de ventanas, balconadas y pilastras que habían vuelto después de los años. Pasaron por la arcada escarzana de la entrada que, por ser tan alta, formaba parte del ambiente grandilocuente del castillo, que se confirmaba

cuando uno entraba y veía las pinturas de suelo, las paredes y los techos que se habían realizado en una época de euforia barroca.

Entre jardines y escalinatas llegaron a la sala de los acuerdos, donde estaban ya dispuestas el decorado de la función teatral que se iba a realizar en perfecta sincronía con la colaboración de todos los participantes. Tras un coloquio en el que estuvieron como testigos prensa y fotógrafos, de un bando y de otro, fueron pasando a corroborar el acuerdo que habían redactado.

Aprobaron en la magnitud de aquella enorme fortaleza los acuerdos de papel mojado sobre los que se construiría la ahora sí genuina democracia, en la que se le había abierto el paso a la izquierda salvadoreña, formándose un partido de aristocracia revolucionaria que dejó las armas para pasárselas a la población civil, que de aquel conflicto de doce años había salido con la experiencia de cómo manejarlas.

Siéndoles procurada una silla a cada uno de los presentes en la Asamblea Legislativa, quisieron firmar inmediatamente. Habían logrado el cambio y la igualdad. Ellos habían cambiado de estatus social y ahora eran igualmente ricos que los que habían sido sus enemigos. Pudiendo participar en el turno del cetro republicano, acabó la Revolución, pero no llegó la paz.

Aquella no la consiguieron ni los que consiguieron escapar, como nuestra familia. Solo los muertos, porque para los demás la lucha de la vida seguía, y la supervivencia, en su nueva localización, no era por ello menos fácil, aunque sí más llevadera.

